

## América en los libros

**Insistencias**, Rafael Gutiérrez Girardot, Ariel, Santa Fe de Bogotá. 1998, 341 pp.

Como ya prelude su índice, este trabajo reúne una generosa colección de abordajes críticos en torno a la empresa literaria iberoamericana. A pesar del orden del proyecto, no cabe resumirlo con la cita de una sola clave de lectura. Libros como el presente pueden incluirse en el género de la miscelánea, pues recuperan la memoria hemerográfica y suelen entremezclar ejercicios de distinta naturaleza y finalidad. En esa gama, las *Insistencias* de Gutiérrez Girardot también se gradúan, y el volumen yuxtapone aproximaciones y ensayos de muy diverso alcance. Una definición cómoda, general, es la que determina este recorrido literario que viene a echar luz sobre ciertos perfiles de la literatura hispana, sumándose al recuerdo el cuadro intelectual y político que contextualiza el campo de observación. Por otro lado, el ciclo enriquece la comprensión de la identidad latinoamericana, una clave esencial, plena de alcances utópicos y más claramente conformadora de un mito.

La edición está dividida en tres apartados. Los primeros aspectos presentados en *Insistencias* van

aclarando notas de interés literario: se recorre así la sugestión filosófica de Andrés Bello, la obra en prosa de Rubén Darío y el americanismo literario de José Enrique Rodó. Otros artículos de la misma sección apuran las implicaciones modernistas de Ramón López Velarde, el dandismo en José Asunción Silva y otros rastreos de indudable interés, centrados en las obras y personalidades de Jorge Guillén, Pablo Neruda y José Emilio Pacheco: Especial atención merecen los ensayos que Gutiérrez Girardot dedica a la teoría y praxis poéticas de César Vallejo y al desglose filosófico en Borges, de cuya escritura también resalta el juego encubridor, gozosamente paródico.

La segunda sección está integrada por cinco ensayos que asumen una interpretación política, literaria y sociológica de América Latina en su espacio común. No obstante, el autor nos sitúa ante una tierra étnicamente heterogénea, y por ello quiere hacer especial hincapié en el problema de su definición. Con ese anhelo por componer la identidad americana, queda abierto un camino metodológico sobre el rastro de José Luis Romero, Sarmiento, Bello y Martí. Las explicaciones siguen y son varios los puntos de asedio y desmitificación. En cualquier caso,

Gutiérrez Girardot efectúa una nueva vuelta de tuerca para reavivar las ambivalencias y contradicciones del ser continental.

Es interesante observar cómo se delata la vocación germanófila del ensayista, quien cierra el volumen con un serio aporte protagonizado por Hugo Ball, Carl Schmitt y Karl Kraus. De este modo, silueteado entre el nutrido repertorio hispanoamericano, un razonamiento universalista, ajeno a enclaustramientos, nos da la pauta final de la serie.

**La orilla africana**, Rodrigo Rey Rosa, Seix Barral, 1999, 157 pp.

Son conocidos los vínculos que unen a Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958) con Marruecos. Desde que se trasladó a Tánger en 1990, participó en las desproporciones de la vida local, estimulantes del pensamiento y la literatura. No es casual que asistiese al taller literario de Paul Bowles, acaso uno de sus principales maestros. Anoto dos citas de este juego entre escritores: la obra de Rey Rosa fue vertida al inglés por Bowles, y en correspondencia, el guatemalteco ejecutó la traducción de *La tierra caliente*, aquella novela negra, de ambiente tropical, donde Bowles quiso fijar el vuelo subterráneo, el presentimiento y los espejismos de la droga.

De la narrativa inicial de Rey Rosa lo más destacable fue reunido en dos volúmenes. El primero de ellos, *Cárcel de árboles/El salvador de buques* (1992), contiene dos *nouvelles* de estilo prometedor, cuyo argumento pretende un análisis de la violencia dictatorial a través de la ficción científica. De esa fecha es también *El cuchillo del mendigo/El agua quieta*, una serie de cuentos resuelta con sobriedad, emparentada por la crítica con cierta inspiración borgiana. Tiempo después, concibe otro memorable ejercicio sobre la barbarie en Latinoamérica, *El cojo bueno* (1996), despojado esta vez de atributos fantásticos.

Como anuncia el título, en *La orilla africana* el influjo del clima marroquí se adueña del relato con sufrida constancia. La acción gira en torno a la vida de un joven colombiano que se extravía en el laberinto tangerino, un laberinto cuyo sentido literal viene a simbolizar el equívoco progreso del protagonista en su peregrinaje por el Zoco de Fuera, la plaza de Faro, el Zoco Chico y otros espacios para el deseo. Un elocuente pormenor —el hallazgo de una lechuza— introduce nuevos cuadros en el drama, bifurcaciones de clemencia y perturbación; y así descubrimos a personajes como Mme. Choiseul o ese joven marroquí cuya presencia en la historia, invitando a más indagaciones, se esclarece con el vuelo